

soldados consideráran aquella ciudad como un verdadero paraíso.

Velazquez, comprendiendo bajo el punto de vista político las consecuencias de aquel triunfo tan fácil, se propuso consolidar su amistad con Naothael, ignorando las consecuencias que tendría para él aquel deseo.

Vamos á referir los episodios de su estancia en Panuco.

Capítulo XL

La reina curandera.

A pesar de las costumbres del país, que autorizaban al jefe del Estado á tener cuantas mujeres quería, Naothael habia renunciado á aquel derecho, dominado por la influencia de Litzajaya, que era su esposa.

Litzajaya habia nacido en Guanahani poco antes de que los españoles, al mando de Cristóbal Colon, llegasen á apoderarse de aquella isla.

En una escursion que habian hecho á ella los caribes, segun sus costumbres, se apoderaron de la niña; y se la llevaron.

Lejos de su familia, Litzajaya debió á su hermosura el no ser víctima, como los demás prisioneros, de la voracidad de los caribes.

Una india anciana la cobró gran afecto, la enseñó á conocer las plantas medicinales que más virtud tenían para curar las heridas y las enfermedades; y estas cualidades por un lado, y su belleza por otro, fueron causa de que los caribes de la tribu adonde habia ido á parar la respetasen y llegaran á amarla.

En una de las expediciones que hicieron los españoles á las islas caribes se apoderaron de ella, y la condujeron á Santo Domingo.

Breve fué el tiempo que pasó allí.

Dotada de una superior inteligencia, de pasiones vehementes, recordando los primeros años de su vida, su familia, su ciudad natal, en una de las expediciones que al golfo de Darien iban á hacerse por orden de don Diego de Colon, logró que como intérprete la llevasen á bordo de uno de los navíos, en la creencia de que pasarían cerca de Guanahani, y de que volvería á su patria.

De aquella expedicion formada parte Aguilar, y nuestros lectores saben el resultado que tuvo.

Litzajaya fué tambien prisionera, y enviada como presente por el cacique de Zecotlan al emperador de Méjico.

Cuando Naothael fué á la ciudad á ajustar la paz con el emperador, conoció á Litzajaya, se enamoró perdidamente de ella y la pidió como esposa.

Los hechizos de la jóven le fascinaron de tal manera que á pesar de su energía, de su valor, de su entereza, una mirada de la jóven india bastaba para dominarle.

Naothael la amaba con delirio.

Ella habia contribuido á hacerle desear la llegada de los extranjeros, porque refiriéndole su historia, le habia contado cosas que habian despertado en él una viva curiosidad.

Los de Panuco participaban de los mismos afectos que Naothael.

Litzajaya habia hecho curas maravillosas, habia tratado con la mayor afabilidad á los más míseros vasallos de su esposo, y estos motivos, y su hermosura fascinadora, habian contribuido á conquistarle el cariño y la admiracion de cuantos la rodeaban.

Naothael quiso ofrecer un banquete á Velazquez de Leon, y fué en persona á invitarle, anunciándole que su esposa Litzajaya habia vivido algun tiempo, entre los españoles en Santo Domingo, y se complaceria en extremo conociéndole.

Preguntó Velazquez de Leon quién era aquella mujer y por qué circunstancias, despues de haber estado entre los españoles, habia ido allí, y le refirieron su historia, exagerándola, razon por la cual se despertaron deseos de conocerla.

El banquete tuvo lugar.

A él asistieron Naothael, Litzajaya, algunos de los personajes más importantes de Panuco, Velazquez de Leon, los cuatro capitanes de las compañías que formaban su ejército, y algunos cabos distinguidos.

El festin fué, para lo que se acostumbraba en el pais, muy esplendido.

Litzajaya manifestó desde el primer momento la

emocion que habia experimentado al ver á Velazquez de Leon.

En efecto; la presencia de aquel jóven y gallardo capitan evocó en su memoria recuerdos de otros dias, recuerdos que constituian las primeras impresiones de su vida.

Los españoles, á pesar de los crueles atentados que habian cometido en Santo Domingo, eran considerados por Guacanajari y todos sus vasallos como hijos del cielo.

Inspiraban, por lo tanto, una inmensa veneracion á aquellas sencillas gentes.

Por otra parte, cuando Litzajaya los habia visto le habian fascinado, porque sus trajes, la belleza de su raza, la elegancia de sus maneras, el valor, y sobre todo el poderío que ejercian, eran cualidades capaces de exaltar una imaginacion como la de aquella niña, que en los albores de su infancia habia visto el peligro de cerca, se habia criado entre salvajes, y habia recibido tantas emociones.

Niña era entonces, y sin embargo, sin explicarse el amor, hubiera querido ser amada por algunos españoles.

Las circunstancias la separaron de ellos, y ya hemos referido cuál fué su historia.

La presencia de Velazquez de Leon avivó en su alma pensamientos dormidos, y en su mirada de fuego, mirada que no podia contener, manifestó al caudillo de los españoles el sentimiento que á su vista habia experimentado.

Por su parte, Velazquez de Leon, fogoso, ardiente, galan como el primero, no pudo ménos de admirar la belleza de Litzajaya, y para justificar los deseos que nacieron en su alma, acudió como siempre al espacioso pretexto de la razon de Estado.

Ella podia favorecerle.

Si cedia á sus halagos, si la buscaba, no era debilidad en él: era necesidad para cumplir las órdenes que habia recidido de su jefe.

Alegraron el festin algunos músicos, y al final, unas cuantas indias, con guirnaldas de flores, bailaron danzas del país para festejar á los huéspedes de su cacique.

Aquella noche se sintió Velazquez de Leon enfermo, y al dia siguiente declaró una fiebre muy violenta, que llegó á inspirar serios temores á sus compañeros.

Apenas tuvo noticias Na othael de la situacion del cacique de los españoles, acudio á verle, y él mismo tranquilizó á los amigos de Velazquez de Leon, diciéndoles:

—No temais: mi esposa Litzajaya conoce la virtud de todas las yerbas para curar las fiebres, y ella misma vendrá á salvar á vuestro capitan.

Cuando Na othael anunció á su esposa lo que pasaba, fingió Litzajaya que se sorprendia; pero no era así.

Al oir de los lábios de su esposo los ruegos que formuló para que devolviera la salud á Velazquez de Leon, experimentó una secreta alegría.

Litzajaya habia buscado la situacion en que iba á encontrarse.

Sin que nadie se apercibiera, habia colocado en el cáliz de una flor una yerba que tenia la propiedad de alterar la sangre, y obsequió con aquella flor al capitán de los españoles.

Como representaba aquel obsequio á los ojos de Velazquez de Leon una prueba del amor de Litzajaya, guardó la flor á la cebecera de su lecho y la yerba produjo su efecto.

Nadie podia presumir que aquella fuera la causa de la enfermedad de Velazquez de Leon.

Litzajaya tenia los medios de curarle, y así lo hizo, aunque con lentitud, porque deseaba inspirarle gratitud y tener ocasion de entablar con él las relaciones que su vista le habian inspirado.

Capítulo XLI.

Lo que hace la pasion.

El enfermo fué poco á poco recuperando las fuerzas que habia perdido, y cuando supo que debia aquel inmenso beneficio á Litzajaya, no la ocultó su gratitud.

—Bien hayas tú, —le dijo, —que con mano generosa me has devuelto la vida.

—Si algun efecto merece de tu parte, —contestó Litzajaya, —el favor que he podido dispensarte, justo será que exija el premio.

—Pídeme cuanto desees.

—No quiero imponerte un gran sacrificio: sólo te pido una revelacion.

—¿Cuál?

—¿Crees que debemos ser amigos?

—¿Por ventura puedes dudar que correspondo con toda mi alma al afecto que me demuestras?

—Pues bien; en ese caso, contesta á las preguntas que voy á hacerte. ¿Cuál ha sido el objeto de tu venida aquí?

—Restablecer la paz entre los habitantes de Panuco, dar fuerza á tu esposo, defender sus derechos, explorar vuestro ánimo para saber si deseais libraros de la dominacion de Motezuma.

—Lo habia adivinado.

Litzajaya no preguntó más por entonces á Velazquez de Leon.

Dos dias despues dijo este á su salvadora:

—Para aplazar el objeto de mi venida, necesito tu apoyo.

—Cuenta con él.

—Naothael desea sin duda alguna dejar de ser tributario de Motezuma; pero en la duda de si logrará ó no este inmenso beneficio, vacilará en declararle la guerra.

—Tú lo has dicho.

—Pues bien; yo necesito celebrar una entrevista con tu esposo para rogarle que firme un pacto conmigo, que represento aquí á Hernan Cortés, quien á su vez representa en Méjico al monarca de España, declarando que reconoce su supremacia, y que al saber las afectuosas muestras de amistad que ha dado Motezuma á los españoles, deseando interpretar sus sentimientos, sigue su ejemplo.

De esta manera no se compromete, y queda en li-

bertad de responder á todos los cargos que pueda hacerle un dia Motezuma.

—Tus palabras,—dijo Litzajaya,—me demuestran que no es tan desinteresada tu amistad como la nuestra.

—Si eso crees, olvida las palabras que he pronunciado.

—No; yo estoy dispuesta á ayudarte, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—¿No me has dicho que deseas tener una entrevista con mi esposo?

—Si.

—¿Cuándo?

—Cuando él disponga.

—Mañana mismo.

—¿Cuentas con su vénia?

—Naothael hace cuanto le digo.

—En ese caso, mañana.

—¿Como es natural, desearás que á esa entrevista no asista nadie?

—Ese es mi deseo.

—En cambio, tú tampoco llevarás compañía.

—Mis soldados, que vienen que escoltarme, porque es su deber, quedarán á la puerta de vuestro palacio.

—Bien está; hasta mañana.

—¿Pero no me dices qué condiciones exiges de mí para ayudarme?

—Mañana las sabrás. De tí dependen que se realicen todos tus proyectos.

Y al pronunciar aquella frase ofreció en una mirada todo el tesoro de su amor al jóven capitán de los españoles.

Litzajaya tornó á palacio con su servidumbre, y se guardó muy bien de anunciar á su esposo la pretension de Velázquez de Leon.

Satisfecho Naothael, al saber por su esposa que el capitán de los españoles estaba completamente restablecido quiso pasar á su alojamiento con gran aparato para manifestarle su inmensa satisfacion, y al mismo tiempo dispuso que se celebraran solemnes funciones en los templos, dando gracias á los dioses por la alegría que le dispensaban.

Entonces Litzajaya le dijo:

—Su deber es venir á verme, y vendrá. Dispon esos festejos; pero tú no asistas á ellos: es necesario que hables á solas con el capitán de los españoles, que averigües cuales son tus propósitos,

Naothael se dispuso á complacer á Litzajaya.

Al anoecer salió la jóven india al jardín que rodeaba su palacio, cogió unas yerbas, las machacó con una piedra, la masa que formó la tuvo algun tiempo á la luna, y volvió despues al palacio.

Naothael habia mandado ya á los teopixques celebrar unos sacrificios en accion de gracias, y el pueblo se preparaba para asistir á ellos al dia siguiente.

El cacique se retiró á su aposento, y todo quedó en silencio.

En medio de la noche llegó Litzajaya hasta la hamaca en donde dormia Naothael.

Con las yerbas que habia cogido en el jardín frotó sus sienes, y se alejó.

Al dia siguiente fueron á avisarla que Naothael sufría.

Corrió á su aposento, le examinó, y tranquilizó á todos los que le rodeaban.

—Podeis ir á las fiestas; Naothael estará bueno en breve, y podrá recibir al jefe de los españoles.

Cuando se quedó sola con su esposo:

—Necesitas descansar,—le dijo;—en el sueño hallarás la salud, y voy á hacer que duermas.

En efecto; le dió un narcótico calculando que el estupor que debia producirle durase el tiempo justo para realizar los proyectos que habia concebido.

Poco despues quedó profundamente dormido el cacique.

No habria trascurido una hora desde que dormia, cuando se presentó Velázquez de Leon.

Para dar una prueba á Naothael de lo seguro que se creia en el palacio, despidió á sus soldados, y atravesó las habitaciones que conducian al aposento de Naothael.

No encontró á nadie hasta llegar á la antecámara del cacique.

Allí se presentó á su vista Litzajaya.

—Bien venido seais,—le dijo;—¿estais dispuesto á aceptar mis condiciones?

—Desde luego, si Naothael acepta las mias. ¿Puedo verte?

—Sí; entra.

Velazquez de Leon entró en el aposanto de Naothael, y Litzajaya, mostrándole el lecho en donde yacia:

—Mírale,—dijo.

—¿Duerme?

—Si, duerme; pero no tengas cuidado. Aunque vá á ser testigo de nuestra conversacion, no oirá nada.

—¿Qué es esto?—preguntó Velazquez de Leon asombrado.

—Esto es que yo soy en Panuco quien resuelve todos los asuntos del Estado, y esto quiere decir que acepto desde luego tus condiciones, si tú aceptas las mías.

A pesar de su valor, no pudo menos de estremecerse el capitan de los españoles.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Litzajaya, profundizando con su mirada el corazon de Velazquez.

—Miedo no,—dijo este.—Habla.

Y comenzó la escena que vamos á referir en capítulo aparte.

Capítulo XLII.

Donde se vé que Litzajaya, á pesar de ser salvaje, está á la altura de las mujeres más civilizadas.

—Tú has venido á Panuco,—exclamó Litzajaya,—con otra idea que la que me has confiado. Yo te conozco bien; he profundizado tu corazon, y he averiguado la verdad. Velazquez de Leon, tú has venido á apoderarte de Panuco.

—Te engañas, Litzajaya,—dijo el capitan de los españoles;—no es ese mi ánimo, y si lo hubiera sido no lo hubiera negado, porque los españoles no ocultan nunca sus designes, y mucho menos á sus enemigos.

—Lo sé; pero tambien sé que los primeros españoles que llegaron á estas regiones, que no conociais antes, entraron como amigos y no tardaron en tratarnos como señores. Yo era muy niña aún; pero no